



*Con Ricardo y María Baeza (Madrid, 1927)*



*Gabriel Miró (hacia 1930)*

daderamente central y valenciana, Famorca adquiere una legítima arquitectura silábica, y con ella una plasticidad topográfica y agraria; de manera que si llegásemos delante de Famorca, oyendo esa palabra prorrumpiría en nosotros la evidencia de que ese pueblo sólo así puede llamarse y pronunciarse.»

Más, mucho más, podría transcribirse de esa preocupación miro-niana por la lengua castellana y valenciana: la fonética considerada como consecuencia del alma de un pueblo y su peculiar valor musical; la entraña que tienen los vocablos que llega hasta el fondo de quienes saben sentirlos y entenderlos como es debido. La lengua es una noble y esclarecedora obsesión en Gabriel Miró que contagia a sus lectores.

Esta lengua asombrosamente exacta de Miró y artística (35) con la enorme cantidad de vocablos que emplea —a la par con Azorín y, quizá, superior— obliga a lectores y a críticos a la frecuente consulta con el Diccionario y esto puede resultarles fatigoso. Sin embargo, para otros tal cosa es un acicate para ampliar nuestro vocabulario —tan restringido en buen número de escritores— y, por supuesto, la admiración por la manera con que Miró usa estas palabras, que si hoy nos parecen arcaísmos es más por pereza nuestra, ya que esas palabras no merecen el desuso, pues las que las suplantán no son tan exactas, tan propias como ellas.

He aquí la opinión de don Julio Casares en el extenso artículo que le dedica en *Crítica efímera*, en el que nos sitúa en la maestría de su estilo. Ya sabemos que don Julio Casares fue un crítico muy severo, sobre todo en lo que a lo gramatical se refiere. Sus libros, especialmente *Crítica profana*, son un sálvese quien pueda. Estas son las palabras finales de su ensayo:

«Siento no disponer de espacio para apoyar con citas de la obra analizada las someras apreciaciones que preceden. Así demostraría que los reparos que cabe oponer al estilo del señor Miró nacen de la exageración de cualidades excelentes, y que, junto a contadísimos descuidos (v. gr.: «haber de menester»), abundan las páginas verdaderamente poéticas, donde todo es igualmente feliz: el léxico, los epítetos, la construcción, la musicalidad, el colorido y la fuerza evocadora.»

Hay una cuestión sobre la lengua de Miró a la que cabe hacer algunas consideraciones: me refiero a los llamados valencianismos en su prosa. Guillermo Díaz Plaja trató este punto de paso en el inte-

---

(35) Estudiada magistralmente por Jorge Guillén, en el estudio citado en la nota 27 y por M. Baquero Goyanes, *La prosa neomodernista de Gabriel Miró*. Murcia, 1952. Y el capítulo «La palabra», en el citado libro de Vicente Ramos.